



Aprender en el libro de la cruz

Mons. Héctor Aguer, arzobispo de La Plata

La pasión y la muerte del Señor se resumen en el signo de la cruz que veneramos; al hacerlo, al venerarla, adoramos a Jesús que muriendo en ella destruyó la muerte y recreó la vida. En el centro de la celebración de hoy se yergue la cruz como el símbolo por excelencia de la redención. San Francisco de Sales recoge una larga tradición cuando llama a la cruz sede de nuestro Rey, altar de su sacrificio sobre el cual fue consumada la obra de nuestra redención, puerta regia que da acceso al templo de la santidad, llave del paraíso, escuela del cristiano y libro el más excelente que hubo jamás.

Esta lección del libro de la cruz es una pieza maestra de la espiritualidad cristiana, pero al mismo tiempo representa una visión realista del hombre en su condición terrena y mortal. No es un resabio de otro tiempo, que resulta extemporáneo en un siglo tan adelantado como el nuestro, y por añadidura algo importuno, molesto, inaceptable para hombres y mujeres de hoy. Al contrario, esta lección del libro de la cruz es una respuesta razonable –con la razón de la fe– a uno de los enigmas perpetuos del hombre en el mundo. Así lo proclamó el último Concilio: *Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad.*

Nuestra sensibilidad se ha agudizado tanto que se encuentra condicionada por el horror al sufrimiento. La cultura del bienestar nos ha hecho a todos adictos a la anestesia, por lo menos a quienes disfrutamos de los beneficios materiales de la modernidad, con riesgo cierto de caer en la indiferencia respecto del sufrimiento de las multitudes que están lejos de regalarse con tales recursos y comodidades, y con un costo aún peor: escamotear la lección señera del libro de la cruz. Por eso, la meditación de la pasión del Señor, la contemplación del Crucificado, no tendrían que reducirse a este ejercicio de Viernes Santo; sin una consideración asidua de estas verdades

centrales quedaríamos inermes ante el asalto del dolor, propio o ajeno, restarían sin apoyo y sustento la esperanza de la gloria y la alegría pascual. Está en juego el seguimiento de Cristo y la identidad cristiana.

La tradición católica nos ha transmitido una enseñanza sobre el valor del sufrimiento – incluso, sobre su necesidad– para la reparación del pecado y la identificación con Cristo, que ha propuesto como ley del discipulado esta condición: *el que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga* (Mt. 16:24). No hay otro camino posible. El primer estadio en la aceptación de la cruz es el cumplimiento de nuestros deberes cotidianos, pese a las molestias e incomodidades que muchas veces los acompañan; la fidelidad a esos compromisos, no mecánica o rutinaria, sino inspirada por el amor y sostenida con fortaleza venciendo las inevitables repugnancias, implica un gran sacrificio que purifica y plenifica la personalidad. Sin esta preparación no es fácil recibir con espíritu de Fe las numerosas contrariedades que aparecen de pronto en la trama concreta de la vida, desde las más insignificantes –indeseables y que incordian– hasta las grandes pruebas físicas o espirituales que labran profundamente el cuerpo y el alma e imponen un ejercicio extremo de paciencia y aceptación. Queda todavía un estadio superior: la práctica voluntaria de la mortificación como signo de la virtud de penitencia y de una más perfecta identificación con Cristo. Nos han dado ejemplo cada uno de los santos. Sin embargo, no faltan cristianos –que no piensan como tales– y que sensibles a los argumentos de los maestros de la sospecha que se difunden en la cultura profana, consideran la mortificación voluntaria una rareza medieval, o peor, una patología masoquista. S. Pablo diría – lo decía de unos filipenses– *que se portan como enemigos de la cruz de Cristo* (Fil. 3:18).

Necesitamos una educación espiritual, o mejor una reeducación, para resolver esta cuestión clave de la vida cristiana: la relación con el dolor, al ver la cruz de Jesús. Es clave, al estar vinculada a la necesaria expiación del pecado, al despojo que debe acompañar a la real esperanza, al valor impetratorio de la oración de súplica, a la solidaridad con los que sufren sin la luz de la fe. La pedagogía espiritual indicada es nuestra responsabilidad; conviene que la asumamos como una autoeducación permanente, ya que nosotros podemos vacilar. El Catecismo de la Iglesia recomienda volvernos hacia los testigos de la fe y ante todo poner los ojos en Jesucristo crucificado y resucitado: en él, en su anonadamiento y en su exaltación, Dios ha desplegado el vigor de su fuerza y ha vencido al Mal. Cristo crucificado y resucitado es nuestra victoria.

La valoración cristiana del sufrimiento se refiere especialmente a la imitación de la pasión de Cristo y de la compasión de su Madre. El sufrimiento nos asemeja a ambos. La meta del cristiano, su ideal, es la configuración con Cristo. Esta doctrina dura corresponde a la verdad del Evangelio, que nos exhorta a entrar

por la puerta angosta y emprender el camino estrecho que lleva a la Vida. Nadie acepta, asume o elige el dolor por el dolor mismo; es la vida plena lo que le da sentido, y la hermosura de la resurrección y la bienaventuranza eterna. Creemos con toda el alma en esta doctrina de la verdad, aunque debemos reconocer que nos resulta difícil practicarla y que sólo de a poco, a los tumbos y con humildad podemos acercarnos a la imitación de la pasión.

Nos la hace cercana la compasión de María. Porque su dolor, que la identificaba con la pasión de su Hijo y con su obra redentora, fue, como tiene que ser el nuestro, compasión de la pasión. Desde que Jesús se despidió de ella para iniciar su vida pública, María sólo abrigó un deseo: padecer y morir con él. Pudo cumplirlo, asumiendo en su profundidad abismal el misterio del sufrimiento. Gracias a Dios, la Madre dolorosa permanece aún junto a la cruz, la del Redentor del mundo, sobre la que se proyectan nuestras cruces, la cruz de todos los que sufren. Que ella nos ayude a comprender lo incomprensible, que nos enseñe lo que solos no podemos aprender.+

Conferencias de Semana Santa

Reserven el lunes, martes y miércoles santos a las 19.30 para las conferencias sobre el Triduo Pascual.

TRIDUO PASCUAL

+ **JUEVES SANTO: La Última Cena de Jesús:** “Trátense como yo los he tratado”

19.30 Ritual de la Cena del Señor y Lavatorio de los pies

21.30 “Agonía de Jesús en el Huerto” y Adoración a la Sma. Eucaristía

+ **VIERNES SANTO: Pasión y Muerte de Jesús:** “Cristo obedeció hasta la muerte y muerte de cruz”

Ayuno y abstinencia

14.45 Ritual de la Pasión del Señor

1: Prostración y lecturas bíblicas. 2: Oraciones solemnes. 3: Adoración de la Santa Cruz. 4: Comunión

18.30 Via crucis por las calles y “Abrazo a María”

Sábado Santo (11 de abril) Descenso de Cristo “a los infiernos”

Ayuno recomendado

9.00 a 12.00 y 16.00 a 19.00 Confesiones

Este año la Solemne Vigilia Pascual es este mismo sábado a las 22.30hs. Recuérdenlo.

Por favor, lleguen antes de la hora de comienzo para no quedar afuera durante la entrada del Cirio Pascual y el canto del Exultet.

PASCUA

+ **VIGILIA PASCUAL** (Sábado 11 de abril)
“Despierta tú que duermes: Cristo te iluminará”

22.30 Solemne Vigilia Pascual

+ **MISAS de la RESURRECCION** (Domingo 12 de abril)

10.00 Misa Pascual

12.00 Misa Pascual

Bendición de los huevos de Pascua

Visiten nuestras páginas de la web: www.sangabriel.org.ar y www.lavozdelperegrino.com.ar

Queremos curar las heridas en las relaciones entre cristianos y judíos

Discurso del Santo Padre Benito XVI a los delegados judíos de los estados Unidos el 12.II.09

“Me estoy preparando para visitar Israel, una tierra santa para los cristianos y los judíos, dado que allí se encuentran las raíces de nuestra Fe. En efecto, la Iglesia encuentra su sustento en la raíz de ese buen olivo, el pueblo de Israel, en el cual se han injertado las ramas del olivo silvestre de los gentiles (*Romanos 11:17-24*). Desde los primeros días del cristianismo, nuestra identidad y cada uno de los aspectos de nuestra vida y nuestro culto están íntimamente vinculados a la antigua religión de nuestros padres en la Fe.

La historia de dos mil años de relaciones entre el judaísmo y la Iglesia ha atravesado muchas fases diferentes, algunas de las cuales han dejado un recuerdo doloroso. Ahora que podemos encontrarnos con espíritu de reconciliación, no debemos permitir que las dificultades pasadas nos impidan tender mutuamente la mano de la amistad. De hecho, ¿qué familia no ha experimentado tensiones de un tipo u otro? La declaración *Nostra Aetate* del Concilio Vaticano II marcó un hito en el camino hacia la reconciliación y subrayó claramente los principios que rigen desde entonces la

actitud de la Iglesia en las relaciones entre cristianos y judíos.

La Iglesia está profunda e irrevocablemente comprometida a rechazar toda forma de antisemitismo y a seguir construyendo relaciones buenas y duraderas entre nuestras dos comunidades.

El odio y el desprecio por varones, mujeres y niños, manifestados en el Holocausto fueron un crimen contra Dios y contra la humanidad. Esto debería quedar claro para todos, en particular a quienes pertenecen a la tradición de las Sagradas Escrituras, según las cuales, todo ser humano es creado a imagen y semejanza de Dios (*Génesis 1:26-27*).

Es indudable que toda negación o minimización de este terrible crimen es intolerable y totalmente inaceptable. Recientemente reafirmé que el Holocausto debe ser “advertencia contra el olvido, la negación o el reduccionismo, porque la violencia hecha contra un solo ser humano es violencia contra todos” (28 enero 2009). Este terrible capítulo de nuestra historia no debe olvidarse nunca”.

Benito XVI

Sepamos leer este texto que condena las declaraciones del obispo lefebvrista negador del Holocausto (la Shoah).

Ritos posteriores a la Comunión. Alabanza posterior y oración final.

Para San Agustín, la acción de gracias después de la Comunión es la última parte de la Misa (*Carta 149:16*). San Juan Crisóstomo, parece que hablase para nosotros, reprende con severidad a aquellos que no esperan las alabanzas de acción de gracias, sino que con Judas se lanzan a la calle en vez de rezar con el Señor y sus discípulos fieles la acción de gracias (*De Baptismo Christi, c. 4*).

Los fieles oramos en secreto por algunos momentos, incluso aprovechando las abluciones finales del sacerdote y el ordenamiento del altar (que no se hacen para que los fieles miren eso), o bien escuchamos una música que acompaña nuestra alabanza interior, o también podemos cantar algún salmo o himno, o canto de alabanza común.

Después de haber recibido un don tan admirable, el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Eucaristía, los cristianos nos concentramos en oración ante Dios, dándole gracias por el Misterio Pascual de la muerte y la resurrección de Jesús. Le damos gracias, sobre todo, porque El nos eligió para estar en esa asamblea de la Fe, para darnos fuerza para seguir esperando realmente sus promesas, para animarnos a dar testimonio de la fe en medio de la Sociedad, que ahora se ha convertido en una “sociedad de la muerte”.

La oración final de la Misa, llamada “poscomunión”, sigue el mismo esquema que la oración del inicio y la oración sobre las ofrendas: una invitación, un momento de silencio y una súplica agradecida. Se dirige a Dios Padre y se concluye como habitualmente *Por nuestro Señor Jesucristo...*

La poscomunión no se inspira en las ideas del día o del domingo, sino es una mirada de gratitud por los dones recibidos. La Comunión aparece simplemente como la Gracia que llena el alma de quien ora humildemente y con Fe. Lo que se ha recibido es definido por los Santos Padres como “don sagrado, banquete celestial, alimento espiritual, misterio eficaz, Cuerpo sagrado y Sangre preciosa” que son para la *gloria* del Padre, que nos ama.

El Servidor de Gabriel

INFORMACIONES UTILES

Templo abierto: Lun. a vier. de 8.30 a 12 y de 16 a 19 hs. – Sáb.: 10 a 12 y 16.30 a 19 hs. - Dgos de 9 a 13 hs.

Misas: Dgos: 10 y 12 - Lun a jue: 9 Vier.: 10 - Sáb.: 18 - **Días 29** : 8, 10, 16, 18 y 20 y Rito de Reseña.

Adoración por las vocaciones sacerdotales: primeros viernes 19 a 20 hs.

Párroco: atiende a c/u para Confesión y Sanación los 29 de 9-12 y 16-21. En semana: de 10 a 12 (salvo jueves).

Secretaría: lunes a viernes de 9 a 12 y de 16 a 19 hs.- Sáb. 10 a 12 hs –

Consultas sobre Bautismos y Matrimonios: sábados de 9 a 12 hs.

Los sábados de Cuaresma y del Adviento hay Oración matutina por la mañana, presidida por el párroco.

En los otros tiempos hay Sesiones de Oración Sanante (SOS) los viernes a las 16 hs. presididas por el párroco.

Nuestro sitio en la Telaraña del Ancho Mundo (Worldwide Web): www.sangabriel.org.ar

Honor recibido: Parroquia declarada “Institución ilustre” de la ciudad de Buenos Aires.

Recuerden en sus “donaciones en vida” a la *Parroquia S. Gabriel Arcángel de Villa Luro*

Nuestra comunidad se mantiene mediante el sostenimiento mensual de sus miembros por sobres mensuales.

Hasta el 29.VI.09 esta parroquia es Sede para obtener la Indulgencia plenaria del Año de S. Pablo, los 29.

Parroquia San Gabriel Arcángel de Villa Luro - Av. Rivadavia 9625 – C 1407 DZF Buenos Aires, Argentina

Párroco: Mons. Dr. Osvaldo D. Santagada – profesor ordinario titular de la Facultad de Teología de la UCA

Tel. (54)11.4635:1888 - www.sangabriel.org.ar – www.lavozdelperegrino.com.ar

correo-e del párroco: siervodegabriel@yahoo.com.ar

Boletín gratuito: año XVI, n. 836 – (5 de abril de 2009) Domingo de Ramos

Se permite el uso, con mención de la fuente: “Guía y Consejo” de San Gabriel Arcángel de Villa Luro

